

Mi vida en el opusdei. Ya pasó todo, y sin noticias del rejalgar

Fueraborda, 11 julio 2016

Yo era una niña de catorce años que acababa de descubrir la belleza de la vida, y tenía un enorme entusiasmo con el porvenir que yo creía que me esperaba.

Me enamoraba de todos los chicos de mi pandilla y explotaba de emoción al ser correspondida.

Era de natural buena, entusiasta, desprendida y generosa a veces hasta la heroicidad, - pensaba yo- creo que con un arraigado sentido de la justicia y de la lealtad. (Esto venía en los genes, y lo de la lealtad... ya veréis como lo de la lealtad sobrepasó la barrera de la lógica, y estuvo a punto de hacer de mí un trapo sucio en un rincón)...

Por contraprestación, era vaga, excesivamente idealista, Tímida (aunque nadie se lo crea) y cobarde. Cobarde, pero a la vez amante del riesgo, con el que me gustaba jugar.

Tenía cierto sentimiento religioso, pero totalmente epidérmico. Me permito la grosería de hacer una breve descripción de mi carácter, pensando que sólo así se entenderán algunas cosas.

Como hija de buenos supernumerarios, fui a parar a un club. Club al que jamás hubiera vuelto a no ser por lo bien que echaron el anzuelo: se apoyaron en mí haciéndome creer que era pieza clave para ayudar a otras personas. (No en general, sino con concretas metas a conseguir con determinadas personas para ayudarles en su vida).

De esa forma, "ellas" fueron capaces de que naciera dentro de mí un fuerte vínculo que duraría más de 40 años.

Me he referido a "ellas".

"Ellas" no eran para mí más que unas extrañas señoras que vivían juntas en una "torre" (así se llaman en Cataluña a las villas o chales) donde había una capilla, un sitio para estudiar donde nunca se estudiaba, un salón en el que se reunían con frecuencia para tocar con la guitarra canciones rancheras, y dos enigmáticas habitaciones pequeñas. A una de ellas le llamaban dirección, y allí me llevaban con demasiada frecuencia para hacerme interrogatorios, a los que yo, naturalmente no respondía, pues ciertos temas estaban reservados para mi círculo íntimo de amistades. Amistades que en aquel entonces formábamos una piña inquebrantable, y amistades que más tarde o temprano, perdí. Si, perdí a mis mejores amigas, una detrás de otra, a medida que por indicación divina, les iba planteando la crisis vocacional. Esa fue mi primera traición y mi primera herida en el alma.

Y es que me acababan de enseñar aquello de "obedeciendo no te equivocarás nunca" y allí empezó mi larga carrera de obediencias y equivocaciones.

Como ya habréis comprendido, en una de aquellas encerronas en "dirección", me vencieron.

Llevaba meses teniendo que escuchar con ocasión y sin ella, que Dios me había llamado desde la eternidad (¿sería verdad que se dirigía a mí como Paloska?) y me necesitaba para transformar la sociedad. Que me esperaba una feliz vida en tierra, y eternamente

feliz en el cielo. Que Dios no se dejaba ganar en generosidad, y muchas más promesas fantásticas. Y no es que yo fuera masoquista y me presentara en aquella habitacioncita voluntariamente... No. Es que me iban a buscar al colegio, es que a causa de una larga enfermedad en la que debía guardar reposo, se aprovecharon de mi situación y no supe sacudirme de una vez por todas esa pesadilla. Y en una de ellas, sucumbí, y para colmo de males, llevé a mi mejor amiga para que escribiéramos la carta juntas. Como buena adolescente que era, no actuaba en solitario. (Perdóneme, R.M)

Como la táctica de darme responsabilidades les había funcionado bien conmigo, no dudaron en cometer el crimen de poner el alma de muchas recién pitadas en mis manos. Yo recibía charlas como quien hace rosquillas, y daba las clases de la primera formación, y me encargaba de los medios de formación de un montón de desgraciadas de las muchas que caían en la trampa durante aquellos fructíferos años sesenta, donde las adscritas se multiplicaban como setas.

Con este carrerón, os imaginaréis que salí del centro de estudios ya de directora modelo.

Fueron mis años de triunfo, yo me veía como la mujer de moda. Numeraria ideal, el Telva personalizado. La mujer hueca, la marioneta opusdei rifada por las directoras que producía pitajes a ritmo vertiginoso. La cumbre, naturalmente, ese nombramiento de Inscrita, que fue halagüeño cara a mi vanidad sobrealimentada, pero en el fondo, siniestro.

Me daba perfecta cuenta de que las directoras estaban haciendo conmigo un monstruo. Era una imagen, pero vacía. Me explico: Todas las directoras conocían, porque yo era salvajemente sincera, que hacer las normas me costaba un h... y la yema del otro. Que mi oración mental consistía en "hacer listas", porque no sabía hacer otra cosa. Listas de pitables, listas de mortificaciones, listas de encargos, listas de correcciones fraternas... Muchas listas. Sabían que detestaba mi vocación, y anhelaba que un día me dijeran: vete, no sirves. Pero ese chollo a mí nunca me tocaba. Sabían que detestaba al fundador (cuanta violencia me tuve que hacer para llamarle "nuestro padre", porque no sé qué me chocaba más, si la forma o el fondo) y sabían que me negaba a hacer novenas y a difundir estampitas, por coherencia con mis principios seculares, decía yo. Y porque no le veía en absoluto ejemplar, y porque me daba grima. Esa es la palabra: me daba grima mi vocación. Me daba grima vivir en un centro, y no en una casa. Me daba grima que me presentaran como "la directora", me daba grima ponerme la bata blanca, ya no digamos el velo. Y me daba mucha, muchísima grima que se pusieran de pie cuando entraba en la tertulia. Mi padre, siempre se ponía de pie cuando así estaba una señora, pero esto de que en las tertulias señoras hechas y derechas se sentaran en el suelo... Y que se levantaran cuando yo lo hacía... ¡Y que me preguntaran si se podían comprar unas medias...! Y me daban mucha grima los días de excursión, porque llevábamos nuestros bocadillos en unas tediosas bolsas de plástico blanco en vez de comer aunque fuera en una taquilla del lugar, como todo hijo de vecino, y me sonrojaba hasta el extremo entrar en el aseo del bar del pueblo sin gastar una simple consumición, y tantas cosas más! En fin, vivía en una pura grima.

Y sabían lo mucho que yo me aburría en los medios de formación, y que me quejaba de la delación de la corrección fraterna, y que otra de mis grimas era la "enmendatio".

Y sobre todo, sabían lo peor: que yo perdía la fe a chorros. Pero no parecía importarles.

Y ahora denuncio la gravedad de este hecho. La frivolidad con la que se tomaron que Yo estaba perdiendo la fe a chorros!!! Y que como única respuesta, siempre la misma copla: es que Dios te quiere mucho... Solo es la noche oscura del alma. Como a nuestro Padre, como a santa Teresa...

Esta facilona, simple y mentirosa respuesta a quien pide auxilio por padecer un síntoma tan grave, demuestra una vez más lo poco que le importa a la institución la salud espiritual de los suyos, lo poco que le importa la persona. ¿Y las almas que estaban bajo mi cargo?

Nada importaba si yo funcionaba. Yo obedecía, yo no daba problemas, en mi centro el ranking de pitajes era alto. Qué más querían? Supongo que les molestaba que yo fuera a complicar las cosas con "problemas personales". Nada, nada, no te preocupes... Tú sigue como hasta ahora, que producir es lo que importa.

Y así andaba la cosa cuando un día, aquella numeraria ideal que no pensaba porque sólo obedecía, vino a molestar con otra ocurrencia que como lo de la fe, les incordio mucho.

Y es que de repente, me di cuenta de que dentro de poco pasaría a ser una cuarentona. ¡Y cómo iba a cumplir cuarenta tacos y no haber hecho nada serio en la vida? ¿No tendría yo que ponerme al día en lo mío, trabajar y ganarme el pan en una empresa distinta a la opusdeística, cotizar, como todo hijo de vecino, y tener unos compañeros con los que codearme, que como todo hijo de vecino tuvieran verdaderos problemas, preocupaciones serias, y un estilo de vida como el común de los mortales, totalmente desconocido para mí? ¿No repetía yo en los medios de formación que todos debíamos estar preparados para santificarnos en el trabajo "en la calle" pues no íbamos a ser directores in aeternum? Y creyendo que actuaba con el mejor espíritu, así lo planteé.

Pero de nuevo en esa obra tan de Dios, esto debió caer muy inoportunamente, y me dieron con la puerta de narices. "No es que seas insustituible, pero ahora no tenemos otra persona. No debes preocuparte, que la obra es madre guapa, y velara siempre por tí".

Y en aquella respuesta de una directora, creí apreciar por primera vez, un tono algo frío y distante; parecía que mi propuesta no había sentado muy bien. Primer desconcierto. Ya veréis lo que paso...

En la próxima actualización, espero.

Y decidieron que pasara de ser la niña guapa, a la mala de la película

Mi caída en desgracia

Desde entonces, como os contaba al final de mi escrito anterior, mi vida opusdeística sufrió radicalmente un antes y un después. Por alguna razón que nunca me explicaron, el trato de las directoras empezó a ser frío y distante. Se me hicieron acusaciones sorprendentemente injustas, me hablaban de forma hiriente, y lo peor... lo peor de lo peor, es que dejaron de confiar en mí. El hecho de que la familia sobrenatural a la que yo había situado en la práctica por encima de la verdadera y a la que me había entregado con frenesí desde mi primera juventud, a la que había mostrado con transparencia

infantil "hasta los últimos pensamientos"... ahora, de repente y sin previo aviso, dejara de confiar en mí, me desconcertaba y abatía...

Hasta entonces, con alguna frecuencia, las directoras me habían encomendado ciertas "misiones" que yo intentaba llevar a cabo con la máxima diligencia y eficacia, y con ello aumentaba mi colección de méritos, que en el fondo tanto me halagaban. Y aunque alguna vez os he contado algo de esto, no quiero dejar de recordarlo aquí, para que los que están dentro se enteren de cómo funcionan las cosas. Entre otros encargos, los más apasionantes eran los de espionaje. Si, espionaje puro y duro.

Me contaban confidencialmente el problema que intuían con determinada numeraria, y mi misión consistía en darles la información exacta sobre aquello. Y que nadie se extrañe, porque en la obra de Escrivá, el fin justifica los medios. Y aquello de que la palabra de un hijo suyo valía más que la firma junta y unánime de cien, ¿o eran mil? notarios juntos y unánimes... Eso daría lugar a otro largo escrito. Pienso que sólo por sus mentiras, su proceso de beatificación fue una burda maniobra de la que la Iglesia debería arrepentirse.

(Perdón, me salgo del tema)

Pues sí, repentinamente se acabaron los premios, deje de ser ejemplar, y me convertí en un ser despreciable. Incluso alguna vez pensé, si me habrían puesto una espía. Y en ese caso, la espía solo vería mis caminatas, arriba y abajo, de casa a la ermita de la Virgen más cercana, y viceversa, porque a diario, si podía, iba a pedirle luces para quien las necesitara.

Y no es que mi fe se hubiera reforzado, simplemente me agarraba a un clavo ardiendo.

Por aquel entonces, llego una carta de D. Álvaro. En determinado momento, decía: "¿Quién se atrevería a decir que el Cirineo tuvo mala suerte?" Y le daba vueltas a aquello...

Se me ha olvidado decir que ya habían decidido que mi etapa con gente joven había terminado, y ya estaba yo situada en la labor de san Gabriel. Cuando me anunciaron el cambio, me recordaron que seguiría siendo directora hasta que encontraran a otra, y que lo dejaría de ser en cuanto pudieran.

Tengo que reconocer que mi paso a san Gabriel me vino de perillas. El trato con personas que no viven de la ilusión, sino de la realidad, muchas veces tan dura, me obligó a madurar. Recibir las confidencias de esas supernumerarias humildes, gastadas, luchadoras... fue muy positivo para mí, porque hasta entonces yo no había tocado la verdad de la vida, y de golpe, en poco tiempo, entendí muchas cosas, aprendí a pensar, a razonar por mí misma, y recibí grandes lecciones de quien no pretendía dárme las. Por primera vez deje de crearme enviada de Dios, y pasé a entender todo lo que no había entendido en mi infantil vida de numeraria ejemplar.

Las directoras seguían dándome golpes, yo me veía como esas marionetas de guiñol que siempre son apaleadas por ambos lados.

No salía de mi asombro... ni de mi tristeza, y todavía con la ingenuidad, confianza y sinceridad con las que siempre había actuado, necesitaba saber "lo que había pasado para que de la noche a la mañana yo hubiera dejado de ser una niña buena para convertirme en la mala de la película" y con estas mismas palabras lo pregunté. La

respuesta me dejó de piedra. No esperaba algo así. Así de mentiroso, así de hiriente, así de falso. Un golpe más, y de nuevo sin respuesta. Porque no es respuesta, sino un bofetón, la simpleza de la explicación que recibí: "Es que antes no te conocíamos bien". ¡Caray! Abriendo mi alma a las Directoras de la Delegación semanalmente en la más sincera confianza, hablando con el sacerdote indicado quincenalmente con plena sumisión y respondiendo ampliamente a sus impertinentes interrogatorios... ¿Y no me conocían?

Estaba claro que por algún motivo que entonces no llegaba a comprender, yo les molestaba. Querían quitarme de en medio, -pienso yo-, y les debía irritar que, lejos de dar el portazo, pusiera la otra mejilla. Se devanaron el seso para acusarme de las cosas más peregrinas.

Un día era que me había llevado dinero de la caja, por lo que no custodiaría ya más la llave. Otro día era que atendía demasiado a una joven numeraria diagnosticada de cáncer, y que mi relación con ella era poco sana, por decirlo finamente. Otro día era que mi relato sobre el coche que me había dado un golpe, era inventado para llamar la atención, y que si no me había autolesionado. Se me vetó tener problemas de salud, así, tal cual. "Es que tienes que ser más recia" (y por dos veces tuve que ser operada de urgencia, a punto de llegar demasiado tarde) Y para colmo, la persona que recibía mi charla me advirtió más de una vez al terminar mi confianza, que a ella la estaba mintiendo, pero que a Dios no. Hacer la confianza era un martirio, pues por mucho que intentara pensar que mi interlocutor era el mismo Jesucristo, no podía pensar que salieran de él formas y fondos tan hirientes y mordaces.

El colmo del descalabro fue una vez que, -creo que ya lo he contado aquí- apareció una mujer encantadora (ahora felizmente casada), recién nombrada directora de San Gabriel, con la que yo había convivido mucho, y me dijo que había viajado sólo para hacerme una advertencia muy grave. La reprimenda consistía en que yo trataba mal a la gente. Por primera vez en toda mi vida de numeraria me encaré y le dije: No es verdad. No confundas: una cosa es que yo sea maltratada, y otra muy distinta que me acuses de que sea yo la que maltrate. Yo quiero a las personas que me han sido encomendadas, soy comprensiva y amable, cada vez más, porque las quiero, y noto que soy correspondida. Y tú, ¿con qué conocimiento me haces semejante acusación? Hubo un momento tenso, y al fin, salió la verdad: "Lo siento. Conociéndote como te conozco, jamás te hubiera dicho esto, pero no es cosa mía; yo sólo cumplo un encargo".

Y no llegaba el momento tan deseado por mí de que encontrarán por fin la directora idónea, y me olvidaran por un tiempo. Me estaba cansando de vivir así. Me sentía acabada. Desde el primer momento había renunciado al derecho a protestar porque no me compensaba enfrentarme, no tenía ya fuerzas para ir a una guerra que sabía que acabaría perdiendo.

Me parecía tan raro, tan extravagantemente raro lo que me estaba pasando, que si acudía a alguien en busca de auxilio, no se lo iba a creer, y ya no estaba preparada para eso. Prefería sufrir la injusticia en silencio, a exponerme a un golpe mayor, que pensaba ya no resistiría.

Me costaba una heroicidad levantarme por la mañana y encontrarme con mi vida. Y pensar, y recordar, y hablar... y recibir confianzas, y tener las reuniones con el consejo local... Y moverme, y comer, y dormir...

Y una tarde, sorpresivamente, apareció en mi ciudad y centro donde vivía la de san Miguel de la delegación, que me dijo: “Me quedo a dormir aquí y mañana tenemos billete de avión hacia Pamplona, donde tienes visita al médico, al que le dirás los síntomas que te entregare escritos, y que repasaremos juntas. Buenas noches...” Pues buenas noches, y PAX, pues In Aeternum. Y una vez más me fui a la cama para no dormir.

Y como ya es tarde, también me despido de vosotros hasta la próxima actualización.

Extraño viaje al psiquiatra con carabina incluida

Terminé mi escrito anterior contando la llegada de la delegada de San Miguel con un billete para la clínica de Pamplona. Pues bien, la excursión a Pamplona con aquella peculiar señorita de compañía, no es para pasar página, pero si me detuviera en ello, se alargaría este culebrón hasta hacer antipática su lectura, así que intentaré limitarme a contar las cosas más serias que ocurrieron en aquella repentina y torticera visita al médico, en la que las estrategias y las mentiras se sumaban, yuxtaponían y enmarañaban hasta extremos difíciles de comprender...

¿Por qué esa extravagante complicación, cuando el dialogo conmigo siempre había sido fácil y sencillo?

En el avión mi señorita se mostró un tanto hosca, antipática y nada dialogante. Pero naturalmente, yo le hice las lógicas preguntas sobre el extraño y sorpresivo viaje al médico. Le pregunté, naturalmente, por el motivo de la consulta y el tipo de especialidad, le pregunté si no pensaba ella que hubiera sido más lógico hablar antes conmigo, y naturalmente le pregunté el motivo por el que tuviera que ir acompañada por la directora de san Gabriel que tantas cosas tenía que hacer. Para que no se ofendiera, ya que ella no era más que un peón al que otra mano movía, persona algo gris y extremadamente nerviosa o insegura de sí misma, fui muy cuidadosa en el trato con ella, me mostré agradecida y la traté continuamente con esa mezcla de cursilería y amaneramiento con la que le gustaba de ser tratada. En todo el viaje actuó de una extraña y antinatural forma de manifestar su autoridad. No tenía necesidad de hacerlo, pues no soy persona de ir a las bravas, pero no dejó de extrañarme. ¡Mmmm que bien, somos familia! El mejor sitio para vivir...

Al grano. No contestó a mis preguntas, y quedamos para ello en una "salita" (siempre que tenían que decir algo serio, te citaban en esas tediosas salitas, como si de ellas emanara la gracia de estado, o les daba mayor seguridad, o autoridad... No sé). El caso es que quedamos en la salita unos minutos antes de ir a la clínica, donde me daría las instrucciones.

Por lo que vi, no se sabía bien la lección, pues empezó sacando su chuleta.

Te va a ver un internista (primera mentira, era una psiquiatra). Y cuando te pregunte el motivo de tu visita, le dirás que tienes alucinaciones. Que confundes las cosas. Que piensas continuamente en ti y en tus enfermedades, que te auto lesionas. Que haces cosas raras (y los ejemplos eran fantasmagóricos... no me alargo).

Me levanté de mi silla de la sala de espera y me dispuse a entrar en consulta, cuando la enfermera me indicó que había llegado mi turno. Y mi carabina me siguió. Con

serenidad le dije: tú no entras. Y con nerviosismo contesto: tengo que entrar, tengo que asegurarme de que dirás lo que te he dicho.

-Ni entras, ni diré lo que me has dicho, porque no debo mentir.

Por primera vez me impuse, ¡ya era hora! Y le di con la puerta en las narices.

El paseíllo a Pamplona fue muy largo para el escaso tiempo que duró la consulta.

Al preguntarme mi hermana la psiquiatra el motivo de la visita, le dije que lo desconocía, pero que podía hacerme tantas preguntas quisiera que le respondería con veracidad, pues ya que estaba allí, aprovecharíamos el tiempo.

Le dije que estaba rota, le conté que me costaba moverme, hablar, pensar, recordar... Y le dije que lloraba. Pero mi lealtad con la obra me impidió contar ni un ápice del motivo de mi flacidez moral y física.

Pasé a hacer unos test, -esos sí duraron más- y de nuevo con mi señorita de compañía al aeropuerto. Eso sí, pasando por la ermita; hay que mantener las buenas costumbres.

Me anunció mi guardaespaldas que haríamos escala en Madrid, donde estaríamos unas horas.

Para mí, permanecer más horas unidas a aquella mujer sin conversación, sin iniciativa, que cada pocos minutos le daba el tic de llamarme... -si al terminar mi relato recuerdo el adjetivo insultante, lo pondré. Y si no, os lo diré en la próxima-. Y que se había prestado a semejante misión, se me hacía de un insufrible innecesario.

Y tuve una idea.

Sagrario, -nombre de mujer, en la católica España, (Dios la tenga en su gloria)- era por aquel entonces su jefa homóloga en Madrid. La encantadora Sagrario me había pedido insistentemente que siempre que quisiera fuera a verla, y especialmente, si pasaba por Madrid.

Aunque por motivos ya explicados tenía muy asumido que no iba a defenderme, ni a acusar a nadie, ni a contar historias que nadie iba a creer... allí, en el aeropuerto, tuve la brillante idea de llamar a Sagrario, por sí caía el chollo de poder hablar con ella. Sagrario era una mujer franca y noble. Dura, eso sí, y clara como el agua, como se debe ser. Por eso, pensé, puede ser interesante, para ella y para mí, que hablemos.

Y entonces, le conté a mi vigilante que me perdonara, porque iba a cometer la grosería de abandonarla en el aeropuerto, para encontrarnos después. Y le conté mi plan. Un plan según nuestro espíritu, porque así está escrito.

Pocas veces he visto a alguien tan descompuesto e inquieto por una decisión que ni le iba ni le venía.

No la llamas.

Sí la llamo; no te estoy haciendo una consulta. Te estoy contando un plan.

Y me dirigí a una cabina telefónica. (La época de los móviles no había llegado).

Pero corrió detrás de mí, me agarró por la espalda, y trató por la fuerza de que no entrara en la cabina.

Se sentía desorientada y necesitaba consultar el caso con quien le había dado instrucciones para el viaje. (A la misma persona que yo le había preguntado cuál era el motivo por el que ya no me querían...) y arrancándome de la cabina, me dijo que lo iba a consultar. Le respondí que la respuesta a su consulta no iba a cambiar mis planes. Sal de la cabina, me espetó, muy nerviosa. No quiero que escuches.

Has sido tú la intrusa, pero no era mi intención quedarme. Y esperé a que ella terminara para hacer yo mi llamada. Estaba clarísimo que tenía que hablar con Sagrario. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Al fin salió. Parecía algo más serena, como si hubiera ingerido un lexatín.

Y me explicó sonriente que casualmente Sagrario iba a ir a nuestra Delegación en aquella semana para visitar a las del centro de estudios, y que entonces tendría ocasión de hablar con ella tranquilamente. Que ellas se lo comunicarían.

Miré mi reloj. El tiempo se había echado encima. Bueno, esperaré. Prepararé mejor la entrevista y podrá ser más relajada.

¡Ingenua de mí! Una vez más me mintieron. Sagrario no me llamó ni lo hizo nadie en su nombre. Sé que me engañaron, porque Sagrario no dejaba a nadie tirado... Esa era la forma de actuar de las de mi Delegación, las conocía bien.

Y al cabo de no mucho tiempo, recibí la dolorosa noticia de la muerte de Sagrario.

Y aquí acabó mi chispa de esperanza.

Pero lo gordo no había empezado.

Este pequeño viaje iba a ser tan sólo el aperitivo de un banquete. Con el tiempo, creo que puedo entender los motivos que les llevaban a actuar así conmigo. Pero ese será el último capítulo.

Hoy no he cumplido lo previsto, no pensaba contar mi excursión con carabina, pero así ha salido, y así lo dejo.

Ahora cambiare el título, que ya no guarda relación con lo que he escrito.

Y me hago una reflexión: qué regustillo da cuando cambias de planes y no tienes ni que pedir perdón, ni dar explicaciones a nadie.

Qué fácil es ser feliz, y ¡qué difícil nos lo han puesto!

Antes de despedirme, para quitar el saborcillo amargo, os contare el final.

Cuando salí de esa obra, por algún motivo escribí a la Clínica Universitaria para pedirles el informe de aquella consulta.

Y me lo enviaron; lo tengo guardado.

En él ponía que estaba cansada. Que recomendaban tomara periodos de descanso, y como tratamiento, no sé qué pastilla cuando me doliera la cabeza.

Ah! Y también ponía, a mano y con lápiz, que se le entregara a fulanita de tal (mi carabina).

No fuera a ser que por una fatal equivocación, el informe le llegara a su propietaria. Sin secretismos y con claridad, la obra perdería su substancia, no sería lo que es.

SOÑAD Y OS QUEDAREIS CORTOS.

Con su permiso fundador, me da la risa

Efectivamente, las Directoras tenían razón. Algo había cambiado en esa mujer “siemprejoven”, útil, ejecutiva, engreída hasta la médula, vacía, servil, e ingenua. Maduré. Simplemente, maduré. Y pensé. Empecé a pensar por primera vez con libertad, sin que nadie, nadie, me teledirigiera...

Al fallar el “plan Sagrario”, fui a por el “plan B” No podía permitir que por mi pasividad, a alguna otra persona le pasara algo parecido a lo que me sucedía a mí. No tenía ni idea en aquel entonces, que ni mucho menos era yo la única persona que sufría persecución por parte de la obra, a quien yo seguía dejando el pellejo y entregando la vida.

Decidí que iba a poner en práctica, en la medida de lo posible, la teoría que tanto había “predicado”, y de la que tan poco había visto. Cara a las directoras, ya no tenía nada que perder (además, a esas alturas, poco me importaba lo que pensarán de mí).

Como resultado, y cargada de buen espíritu, decidí *escribir* lo que *pensaba*.

Lo que pensaba sobre una forma de vivir el espíritu de la obra, que poco tenía que ver con el inicial mensaje de Escrivá, y menos aún con la predicación de Jesucristo.

Y me di cuenta que esta dicotomía dividía a la persona, la rompía en dos, la desgastaba de tal manera que era muy fácil caer enferma. Una de dos: o te robotizabas, o enfermabas.

Estando en la obra, te encontrabas con mucha frecuencia en la tesitura de que te mandaran a la vez una cosa y su contraria. Que te pusieran metas materialmente imposibles, teniendo que cargar con la responsabilidad y el mea culpa de no haberlo podido hacer bien.

He tenido que consolar muchas lágrimas de mujeres rotas, abatidas, que creían ser felices, pero que no sabían por qué lloraban. ¡Cuánto se llora sobre la agenda abierta y frente a la señorita que escucha tu confidencia!

Se me iba haciendo cada vez más difícil dar consejos en esas “charlas fraternas”, e impartir medios de formación, porque no me cuadraba lo que yo diría en conciencia con lo políticamente correcto. Empezó un dilema dentro de mí, que gracias a Dios, fue el principio del fin.

Y seguía escribiendo lo que me parecía que no era de Dios, lo que dañaba a las personas, lo que no era justo, lo que dificultaba el desarrollo de la personalidad y la madurez, y lo que incluso se contradecía con el mismo espíritu de la obra. La falta de secularidad en la que teníamos que vivir, la caridad que te impedían practicar, la libertad que tan limitada quedaba, la usurpación de la conciencia, el quebrantamiento de las leyes naturales como el amor a los padres...

No tengo ni idea qué destino se les dio a mis papeles; es de suponer que acabaron en la trituradora, pero no en el olvido. Y pagué por ello ¡Claro que pagué por ello!

Y así andaba, cuando llegó el día en el que sin mover un músculo me anunciaron que ya tenían directora sustituta, y que empezara lo antes posible a buscarme un trabajo para no ser gravosa a la obra.

Oh! "Madre guapa" ¡qué bien te portas con los tuyos! "Soñad y os quedareis cortos"

Decirme, de verdad... ¿Alguno se ha quedado corto?

Siempre la obra por encima de las personas

Continuo por donde nos quedamos, que fue el día en que me llamaron a la salita, a aquella misma salita en la que todas las semanas durante muchos años, yo, inocente y entregada, había vaciado mi alma hasta quedar sin nada, para que me la moldearan al más puro estilo Escrivariano.

Y allí, como si nada pasara y con total normalidad, (¿cinismo o frivolidad?) me notificaron lo que yo durante tantos años, había anhelado: quedaba libre de trabajos internos y tenía que buscarme la vida. Lo había anhelado, sí, pero no a estas alturas de la vida...

Ahora que mis amigas de la infancia se dedicaban ya a sus nietos, y estaban de vuelta de todo, yo iba de ida...

Camino de los cincuenta, cansada, con la memoria quebrada, (así desperté un día y todavía tengo secuelas) con el alma enferma por el incomprensible trato que recibía de la institución en la que yo estaba dejando mi vida, con una neuralgia crónica, con un físico de birra, ahora, precisamente ahora, a mi madre guapa se le ocurre que es el momento adecuado para que me ponga a buscar trabajo con urgencia, "que no puedes ser gravosa". Pues para ser expertas en las cosas pequeñas, se les coló caer en cuenta que yo carecía de currículum, que no tenía experiencia laboral, que no tenía preparación para nada. Lo que se me daba de vicio era hacer informes de conciencia, y escudriñar el alma de las personas, y rellenar impresos apostólicos, y dar charlas (eso sí, con el defecto de no nombrar al fundador) y organizar, y repartir encargos, y enganchar con las adolescentes, y ponerlas a pitar... Pero esas características no interesaban en ningún trabajo. Por lo visto es lo que quería Dios de mí ahora. Qué fácil resultaba decir cualquier simpleza, y añadir: como tengo gracia de estado, es como si te lo dijera el mismo Jesucristo. Y todo esto, sin que se les moviera un pelo.

Y para colmo, el país estaba pasando por una fuerte crisis económica y las filas de los parados engrosaban de forma alarmante.

Pero no me rebelé, y me puse a ello. Intenté ser telefonista, vendedora a domicilio: de enciclopedias, de cuadros, de cosméticos... Nada salía. Fracaso tras fracaso. Me sentía pequeña pequeña... Avergonzada... ¡Si me vieran mis padres! Recuerdo un día, deambulando cabizbaja por una callejuela, retrasando la llegada al Centro, topé con una mujer que limpiaba un portal. ¿Y sabéis qué me pasó? Que me dio envidia.

Entonces comuniqué que me iba a colocar por horas como planchadora a domicilio, pero se horrorizaron,- ya sabía que se horrorizarían- porque no estaba a la altura de mi cargo y posición.

Todavía me quedaba algo de inocencia, y después de darle muchas vueltas, se me ocurrió sugerir tímidamente que podría hacer un buen papel en "Incodesa". Esto era el nombre que le dieron al enorme montaje que tenían para la instalación y decoración de centros. Ese trabajo se me daría como anillo al dedo. Por aquel entonces buscaban mozo de almacén, y sugerí que podía hacer de "mozo" y que si no, podría haber un hueco para mí en "Decepal", desde donde se compraba y distribuían los productos de alimentación y etc., para los centros, porque el fundador así lo había dispuesto. (¿Pero había algo que no hubiera dispuesto el fundador?) También estaban las librerías... Pero no. Como suponía, recibí una bronca, porque no me podía servir de la obra. Me dolió la excusa, y acabé de entender que lo que querían era desprenderse de mí. Arrinconarme y humillarme.

No les había gustado mis escritos, aportando ideas nuevas, sugerencias, para adecuar mejor la praxis de la obra al espíritu, incluso al espíritu cristiano. Y eso que lo hice con espíritu positivo, y sorteando todo lo intocable, lo fundacional, pues según don Álvaro, Dios me confundiría.

Pero un buen día, me sorprendieron al decirme que tenía que acudir a una convivencia de administradoras. Pensé que era razonable, y que era síntoma de que se estaban apiadando de mí. ¿O es que les vino a la memoria la promesa que me hicieron cuando pedí dejar los trabajos internos para reciclarme en lo mío? Entonces la respuesta fue negativa, pero me ofrecieron hacer un curso intensivo de Ciencias Domésticas, con lo que me darían el título y así podría trabajar en la administración cuando llegara el momento. Porque la obra no me dejaría colgada jamás. Y así lo creí.

Las cosas de la casa no me hacen muy feliz, pero no estaba para hacerle ascos a nada. Me compré una bata blanca, y como unas pascuas me fui a mi convivencia con la esperanza de pasar página y empezar una vida nueva, enterrando para siempre la pesadilla de lo que me estaba pasando. ¡Pero no caería esa breva!

Una vez allí, en la convivencia, ocurrió algo con lo que se me cayeron los palos del sombrero. Apareció de visita la máxima directora. Sí la misma... La misma en persona y al verme, me llamó. Es que ella nunca se acercaba, ella hacía llamar, que todavía hay clases. Y me preguntó, muy altiva, qué es lo que pintaba yo allí. Y continuó: la Administración no es tu orientación profesional. Y sin más explicaciones, dio por zanjado el tema. Así de dialogante fue la entrevista. Así de claro me quedó todo.

Vaya... Cogí mi maletín y me largué, cargando con mi fracaso.

Y pregunte: ¿a dónde dirijo mi maleta? A lo que contestaron: no tienes centro asignado. Pero mientras, vete a ayudar a tal administración ordinaria. Te vendrá bien pasar allí el verano.

Pero, ¿sigo buscando trabajo? Desde la administración no tendrás tiempo, pero luego, ¡naturalmente! ¡No puedes ser gravosa a la Obra!

Y de nuevo con mi maletín hacia aquella casa grande y oscura, llena de dobles puertas con dobles llaves. Con largos pasillos con las camarillas a ambos lados. Las camarillas son los dormitorios de las numerarias auxiliares. A mí me toco camarilla. Me sirvió para acercarme más a ellas.

Desgraciadamente, gajes del oficio, había conocido diversos tipos de centros psiquiátricos a costa de llevar y recoger numerarias. Pues bien, parecía que me había colado en uno de ellos. Me entró una infinita tristeza y como un poco de miedo. Tuve ganas de salir corriendo, pero allí me quedé.

Me quedé el verano entero con mi bata blanca, en aquel lugar medio convento, medio psiquiátrico.

Aquel verano, la vida metódica y aburrida de aquella administración, se vio muy alterada. Como novedad, aparecimos allí unas veteranas numerarias que nada teníamos que ver con la administración, pero que descubrimos un común denominador: estábamos esperando "destino" y otro rasgo en común: la tristeza. Una tristeza como enfermiza. A ese pequeño y extraño grupo que coincidimos allí, supongo que se nos veía desorientadas, fuera de lugar, porque lo estábamos.

Tres directoras recién cesadas con aspecto de apaleadas que desconocíamos nuestro futuro. Una artista a la que no dejaban pintar. Una médico que nunca pudo ejercer porque la obra la necesitaba a su servicio, y se acabó el servicio... Estaba descolgada. Igual que todas.

No fue posible buscar trabajo: el horario era muy rígido, y en los pocos ratos libres estaba muy controlada. Era difícil salir de aquel gran edificio sin ir acompañada. Faltaba espacio para respirar.

El verano llegaba a su fin, y esperaba con ansiedad saber a dónde irían a parar mis huesos, y encontrar pronto un trabajo, y hacer al fin una vida más normal.

De nuevo me llamaron a aquella salita cuyas paredes habían sido testigos de mis confidencias, de mis propósitos, de mis culpas, de mis penas... Y allí me comunicaron que mi destino era un centro nuevo, en el que todavía había obreros, mucho que limpiar, y mucho que hacer hasta convertirlo en un hogar. Y que como no había quien lo hiciera, me lo encargaban a mí provisionalmente. Luego, con la ayuda de nuestro santo fundador, buscaría y encontraría trabajo.

Y así estuve unos meses: limpiando, buscando empleadas, poniendo la casa en marcha.

Era la primera vez en mi vida que no formaba parte del consejo local, por lo que, aunque me sentí muy liberada, tengo que confesar que a la vez me parecía raro no saber nada de nada. No sabía nada de las personas con las que convivía, ni podía preguntarles por su salud, o por su vida.

Apareció como directora una mujer gris. Totalmente institucionalizada, rígida, autoritaria, y no muy brillante. Parecía tener ganas de demostrar la autoridad que estrenaba. En fin, mala suerte. Hasta hacía poco, ella había hecho la confidencia conmigo, y ahora cambiaban las tornas.

Pronto me di cuenta de que mi esperanza de que las cosas cambiarían se desvanecía.

Se juntaron dos hechos, una nueva pesadilla.

Por un lado, empezó mi época fatídica; no daba una. Todo lo que hacía me salía del revés, todo lo hacía mal. Tenía continuas confusiones, y por mucho empeño que pusiera, era incapaz de hacer las cosas como las había hecho siempre. Aquella directora gris y autoritaria, parecía disfrutar llamándome a su despacho para aclararme la relación de cosas que no habían salido bien. Tenía insomnio, apenas podía comer, mis neuralgias aumentaban, y el médico me aconsejó no se que pastillas. Pues bien, esa directora parecía disfrutar administrando ella personalmente los medicamentos más fuertes. Y así se creaba después del comentario del Evangelio, una cola en la puerta de dirección para que nos fueran administradas nuestras pastillas. ¡Qué rechazo y qué malestar me producía tener que formar parte de esa cola! Claro, muy natural, era para que no se me ocurriera ingerir el bote entero. ¡Como si no hubiera otras alternativas! Alternativas utilizadas desgraciadamente por hermanas nuestras, mucho más "llamativas, estremecedoras". Los deseos de suicidio no se eliminan dosificando las pastillas, ni poniendo rejas en el dormitorio. Como los deseos de embriagarse no se solucionan poniendo llaves en el armario de los vinos. Como el deseo de largarse no se evita con más llaves. Las llaves y las rejas son para las cárceles. Y esa es la impresión que yo tenía, justo esa: vivir en una cárcel, tener el alma presa.

La cosa iba de mal en peor: yo no daba una en el clavo, y aquella directora de pocas luces no sabía distinguir lo que era mal espíritu, por lo que me caían continuas broncas, de lo que era incapacidad. Incapacidad física y mental. Y me venía diciendo que me preparara mejor los medios de formación porque se aburrían, cuando antes me llamaban piquito de oro.

Recuerdo que un día, harta de haber pasado a ser una mala cocinera, decidí darles una sorpresa con una buena paella, que era mi especialidad. Pues bien: salió la paella a la mesa, y estaba ingerible. ¿Pero qué diablos me estaba pasando? La cabeza me daba vueltas, estaba sin fuerzas, y anímicamente, hecha polvo.

La actitud de aquella nueva directora era siempre la misma: tocar la campanilla (¡cómo le gustaba tocar la campanilla!) y decir: retiren esto, y traigan otra cosa. Horrible.

En la charla otra vez, dale que te pego, que no era sincera... Francamente, estaba triste. No podía comprender el motivo por el que los míos se revolvían contra mí.

Y un buen día, me dijeron que ya había administradora, y que de nuevo me buscara la vida.

Y así fue. Y los días siguientes creo que fueron los peores y más crueles de mi vida en la obra.

De momento, aquí lo dejamos, que hay que digerir.

Cuando parece que ya no te pueden machacar más... sí que pueden

Por fin parecía que llegaba la hora de enfrentarme sin más dilación a encontrar un trabajo "en la calle", como ellas decían. Ya os conté los fracasos obtenidos, y tenía suficientemente los pies en la tierra como para saber que no había empresario al que le interesara contratarme.

Pensaba que lo más apropiado para mí sería poner una tienda de modas, pero me faltaban todos los medios y, desde luego, mi madre guapa no me iba a ayudar. Lo conseguiría, pero tenía que darme un tiempo.

Y mientras, ¿qué iba a hacer? Porque no paraban de recordarme que sin un trabajo no podía ni santificarme, ni mantenerme, y textualmente: “que no podía seguir sentándome a la mesa a base de la aportación económica de las demás”. Comprenderéis que fue una puñalada, y mi orgullo estaba muy herido...

Busqué una amiga, pedí un dinerillo a mis padres, alquilé una furgoneta, y me fui a Madrid. Allí compré ropa, (muy mal comprada, por cierto), cargué como los gitanos la furgoneta, y la deposité en un apartamento que alquilé a una agregada por un mes. No me quedaba más pasta y calculé que con el dinero de las ventas, podría pagar el alquiler. Muy entusiasmadas, mi amiga y yo habíamos enviado propaganda a amigas y conocidas, así como regado los establecimientos más cercanos.

Pero nos quedamos plantadas y sin novio, nadie nos visitaba. Quise hacer una redada telefónica, pero no me consintieron utilizar el teléfono del centro. Mi madre me había regalado su móvil, (empezaba la era de los móviles, pero inimaginable que me permitieran tener uno) y ella, muy lista, me dijo: "lo vas a necesitar". Pero había un pero: no tenía dinero para recargarlo.

Me avergonzaba pedir más dinero a mis padres, y además, se percatarían de mi fracaso, algo que me incomodaba.

Hastada de estar en aquel pisito al que nadie llamaba a la puerta, mi amiga decidió dar la espalda a lo que había emprendido, hacer cuentas sobre el dinero que le debía, y pegar portazo.

Hablé con la agregada dueña del piso y le dije que le pagaría los 15 días correspondientes al tiempo que lo había utilizado, y que me marchaba porque el mercadillo no había funcionado, y le pareció bien (tengo que decir que aquel piso estaba vacío y sin ningún uso ni rendimiento).

En el centro donde vivía, que era el mismo que limpié hasta dejarme las uñas, con la misma directora que dosificaba las pastillas a las de la cola, pues en ese centro, recién estrenado, sobraban habitaciones.

Pensé llevar la ropa allí, así que la metí en sus plásticos, y a pequeñas dosis, me la fui llevando al centro, que no "mi casa".

Para este traslado, pedí el cochecillo que solía utilizar quien lo necesitara, pero me dijeron que no era de espíritu el uso del coche para temas "profesionales".

Una buena supernumeraria me ayudó a hacer el traslado con el suyo. Luego, me hicieron la correspondiente corrección porque había utilizado a una supernumeraria para un tema personal. Y así visto, tenían razón.

La última habitación del pasillo estaba sin uso y allí deposité mi ropa, para intentar liquidarla aunque fuera a precio de coste. Lo comenté a la gente que iba por el centro; naturalmente, un poco por lo bajini, de forma muy discreta. Pero fue igual. Fui llamada al despacho donde se administraban las pastillas, y allí, agriamente, aquella directora gris me comunicó que me tenía que llevar la ropa del centro, y que debía pagar a la

agregada el alquiler del mes completo. ¡Maldita sea! Vaya cacao mental tenían esas mujeres.

De momento, arrastré hasta mi dormitorio los percheros con la ropa, y conseguí adaptarlos sin necesidad de salirme yo del cuarto.

Llamé a mis mejores amigas, y les pedí que me hicieran reuniones en su casa para ver si vendía algo. Contestaron con un cariño que me emocionó, pues estaba a punto de olvidar lo que era eso.

Aquel maldito centro mío, estaba en el extrarradio de la ciudad, y para llegar a cualquier sitio decente, se tenía que coger antes un bus que pasaba con muy poca frecuencia, para luego hacer transbordo con el normal. Y estaba claro que ese iba a ser mi medio de transporte, cargando con la ropa. Como yo no abarcaba demasiado, ni podía con mucho peso, tenía que hacer varios viajes. Varios de ida, y varios de vuelta.

Por compromiso, yo creo, fui vendiendo alguna cosa.

Cuando se agotaron las posibilidades de reuniones, comencé a hacer ese plan con personas aisladas, que me recibían en sus domicilios. Yo pasaba un bochorno horrible, vencí todas las vergüenzas y me sacudí mi amor propio; era la única forma de salir adelante. Muchas calles de aquella ciudad recorrí cargada de bolsas de ropa, tragándome el orgullo y tragándome las lágrimas.

Pero con todo mi agradecimiento, tengo que decir que había un lugar que era para mí un remanso de paz, un lugar donde me acogían con cariño y me facilitaban lo que necesitara: era la librería del grupo opus, dirigida por una numeraria normal. ¡Si! ¡Una numeraria normal!

Me hacía pasar, me ofrecía asiento y un vaso de agua, me preguntaba por las ventas. Todo el personal se involucró, y me compraron cosas. Llamaban a sus amigas para que fueran a ver... Y hasta tenía la oportunidad de atender mis necesidades fisiológicas! Qué maravilla, nunca os olvidaré, chicas "Troa" gracias. Muchas gracias por ofrecerme tan grato refugio. Y hasta me ofrecieron dejar la ropa allí para que pernoctara, y no tuviera yo que andar tan cargada haciendo esos largos trayectos.

Entre venta y venta, no dejaba de cavilar, de recabar información, pedir consejos, y hacer planes, porque, estaba claro, tenía que hacer algún tipo de montaje más serio y definitivo.

Y al fin, después de mucho esfuerzo, sin el beneplácito de mi madre guapa, y con el dinero de mi madre de verdad, monté mi propio negocio.

Estaba claro que les molestó, pero, ¿qué querían de mí? ¿Es que sólo querían verme hundida arrastrada por el suelo lamentándome de mi fracaso? ¿Eso querían? Parecía que sí.

Me sentía como nueva con mi propia empresita, me sentía libre, y más normal. Estaba encantada. Pero, por parte de la obra, ¡cómo no! Empezaron los "peros".

Lo primero fue así de claro: que como ya sabía que no se fiaban de mí, tenía que entregarles mensualmente un detallado resumen económico de los ingresos y gastos del negocio. Me quedé de piedra. No recuerdo si protesté algo, por no cuadrar con el

espíritu, o lo dejé pasar. Sé que, contrariamente a lo que marca el espíritu, puntualmente entregaba en dirección el balance de mi negocio. ¡Qué disparate!

Yo creo que les irritaba sobremanera que yo no claudicara, que no estallara, que no diera un portazo. Ciertamente, no podían tener queja de mí.

Respondía fielmente a los encargos que me daban, haciendo malabarismos con el horario, y mi comportamiento respondía al de una impecable numeraria fiel.

Es salario que me atribuí era el que correspondía, según mis cálculos, a una pequeña empresa que ha hecho una fuerte inversión, que debe ser liquidada cuanto antes.

Pero mi salario, aquel salario con el que yo aparecí en el centro tan ilusionada, les pareció poco. Me dijo la directora que, como yo había sido deficitaria desde que dejé los trabajos internos (¡vaya jeta!) ahora tenía que compensar, y me enseñó mi deficitaria "hoja de gastos" ¿se llamaba?

Como le dije que no podía hacer otra cosa, porque me cargaría mi propio negocio, contestó que hasta que mis ingresos no fueran más fuertes, no debería pedir dinero de "personales", pues tendría que evitar cualquier gasto.

Aquel otoño llovió mucho, no paraba, y yo hacía al día cuatro largos trayectos a pie. Mis únicos zapatos estaban siempre mojados. Mi único "modelo" posible, tenía que plancharlo, o lavarlo y plancharlo, por las noches. Y se me rompió el paraguas. Recuerdo que a la salida de mi trabajo llovía a cántaros, y me di cuenta de que comprar un paraguas en una de aquellas tiendas denominadas "todo a 100", salía más económico a corto y largo plazo que tomar un taxi, y así lo hice.

Como me tenían muy controlada, al saludar a la directora le comenté que me había comprado ese pequeño paraguas, hecho que me reprendió. A pesar de eso, le enseñé mis zapatos mojados y estropeados, a lo que me contestó que si no tenía otros, me pusiera los de verano. ¡De verdad que me contesto eso! ¡De verdad que no entendí mal!

Menos mal que mi conciencia no estaba constreñida, que tenía las cosas muy claras, y que aquellas mujeres lejos de asustarme o acobardarme, me producían lástima.

Otro día, me dijeron que habían estudiado el informe mensual de mi negocio, y que me señalaban algunos gastos superfluos que podía evitar para entregar en la obra, que tantas necesidades había. Bien, pues eliminé a la limpiadora y eliminé al cristalero, que se encargaba también del rótulo luminoso que estaba en la calle, a tres metros de altura. Y levantándome más pronto, dediqué horas extras a estos oficios.

Teniendo en cuenta que esa misma directora solía levantarse tarde, hacía que le llevaran un yogur a la cama, y no tenía fuerzas para hacerse ésta... pues no es como para pasar por alto el tema...

No obstante, yo, ¡ingenua de mí! seguía pensando que tenía mala suerte con las directoras tan planas y obtusas que me habían tocado de forma concatenada, y os confieso, y no es mérito mío, que pensaba que mejor que me pasara a mí, que al fin y al cabo estaba bien formada y no me afectaba substancialmente, que a otra persona más frágil que, por culpa de directoras -estrechas no, lo siguiente-, no lo fueran a aguantar, o se plantearan problemas de vocación. Todavía no me había enterado, por increíble, que

era la propia institución la que tenía un plan para mí. Igual que ha tenido un plan para muchos de los que ahora me leéis.

El negocio me obligaba a viajar con cierta frecuencia al extranjero. Me pedían todo lujo de detalles sobre mis movimientos, y me hacían asegurar que no tenía otros planes distintos. Yo no podía entender el motivo por el que ellas estaban tan convencidas de que yo llevaba una doble vida. ¿A qué venía esa declarada desconfianza?

Un buen día, decidieron que yo necesitaba comprarme una falda. Estábamos en rebajas, y me acompañó la subdirectora, que era con la que yo hacía la confidencia. Cuando llegamos al gran almacén, ella se olvidó de mí, y se volvió loca comprándose ropa y zapatos, y ¡oh! sorpresa, pagando con la tarjeta de crédito del trabajo, de lo cual, presumía. Y me dejó sola, ¡menos mal! porque se tenía que ir a la peluquería. Me compré una falda rebajada y cuando llegué al centro la dejé, como era costumbre, en dirección. Y las cuentas, en secretaria. Cuando llegó la de la peluquería, me preguntó muy alterada, que no coincidía la etiqueta con mi justificación, o no sé qué... Ya me planté y por primera vez, le di su merecida respuesta diciendo algo así como que sí no me creía, era ella la que debía corregirse, pues el problema era suyo. Todo con buenos modos.

A partir de aquel día, la estancia en el centro se me hacía cada vez más insoportable, no me dejaban respirar. Estaba enferma y se burlaban haciendo referencia a mi blandenguería... Pero a los pocos días me operaron de urgencia.

Las cosas se fueron poniendo cada vez más difíciles, me sentía totalmente aislada, era fustigada y burlada por los míos. No podía seguir así. No es que no quisiera, es que no podía.

Y dejé mi querido negocio. Y me compré unos billetes. Y me hice una pequeña maleta con lo poco que tenía. Y antes de coger el tren en dirección al hogar familiar en busca de un refugio, pasé por la delegación para decirle adiós a la que le llevaban el yogur a la cama, pues la habían ascendido. Anteriormente yo había convivido muchos años con aquella mujer, a la que tenía que aupar continuamente, y la que necesitaba mi apoyo.

Quedó callada, ella era mi responsable, no se lo esperaba. ¿Sabéis que fue lo único que se le ocurrió decir? Pues lo siguiente: "y ahora, ¿cómo le digo yo al Padre que se me ha escapado una Inscrita?" Así, a secas, sin guarnición. La simpleza no daba más de sí, recogí mi maletita, y dije adiós, que no Pax. Porque la Pax no era verdad.

Ojo, no entendáis mal: yo me fui para sobrevivir, pero no para dejar la obra, algo demasiado serio como para decidir en las deplorables condiciones físicas y anímicas en las que me encontraba. Todavía tardaron unos años en conseguir que me marchara. ¡Y eso que jamás me gustó mi vocación!

Ignoraba que la perversidad nacía de la propia institución

Alguno de vosotros os habréis preguntado si con el escrito anterior terminaba al fin mi largometraje. Pues no. Por increíble que os parezca, yo sigo.

Ya os había advertido que mi sentido de la lealtad se saltaba la barrera de lo racional, lo cual no me enorgullece nada.

Llegué a mi casa, (lo siento, pero la casa de mis padres seguía siendo "mi casa"), hecha un trapo. Extremadamente cansada y confusa.

Al principio os dije que nunca me gustó la vocación que de niña creí tener, y la forma de vida no era nada de mi gusto. Pero aún así, yo siempre miré hacia adelante. Jamás se me ocurrió que podía dejar el camino. Incomprensible, pero cierto...

Si me fui a mi casa fue por puro instinto de supervivencia, y entonces sí, por primera vez, y cuando me recuperara un poco, tendría que replantearme mi vida. Lo que tenía muy claro es que de esta forma no iba a seguir. No me estaba ganando el cielo (a estas alturas ni que decir tiene que yo no creía en el cielo), y además estaba haciendo algo que no debía ser muy grato a Dios, que era cavarme mi tumba. Sabía que Dios nos quería felices, luego algo fallaba.

Pasé unos días en la sierra, viví a mi aire, paseaba, y poco más. Me propuse no pensar hasta no estar en condiciones. Mi mente estaba muy confusa, mis recuerdos muy revueltos, y mi herida muy sangrante.

Y al cabo de unos meses, cuando me sentí algo repuesta, volví. A pesar del rechazo a ser numeraria, volví. Increíble pero volví.

¿Qué es lo que me hizo volver? Creo que dos cosas. La primera, que todavía no había eliminado del todo la posibilidad de que fuera cierto lo de la llamada de Divina. (A pesar de mi escasa religiosidad y mi debilitada fe) y la segunda, un error de base que no entendí hasta pasados los años: ingenua de mí, yo seguía pensando que había tenido mala, muy mala suerte con las personas. (Desde la delegación por algún extraño motivo quisieron machacarme despiadadamente). Pero lo que yo ignoraba era que la perversidad estaba en la propia institución. Artículos muy brillantes hay en la web, a los que Agustina os podrá remitir, sobre este fenómeno. Como bien decía [Antonio Ruiz Retegui](#), la obra es una estructura de pecado.

Y volví. Naturalmente volví con mis condiciones. Pocas condiciones, pero indispensables. Quedarme en mi ciudad, y que no soportaría que me metieran el dedo en la llaga, y lo meterían a la menor señal de desconfianza.

En honor a la verdad, tengo que decir que en algún momento, -no recuerdo cuándo, pero recuerdo quién- una directora de mi anterior delegación me pidió perdón. Reconoció que se habían equivocado, y me pedía disculpas en nombre de la obra. No recuerdo más.

Ciertamente, el trato que me dispensaron en mi nueva delegación fue muy distinto, y me movía con confianza. No tenía que obedecer a cosas extravagantes ni me tenía que hacer extrema violencia, las cosas se desarrollaban con naturalidad.

Eso sí, tenía que recuperar mi fe. Y naturalmente, seguir recuperándome, pues mi desmemoria había quedado con serias secuelas, y mi disco duro funcionaba muy, muy lentamente. Tardaba en entender, y me costaba registrar.

Pero el médico me dijo que tan sólo tenía un "surmenaje", el muy cursi! Que tardaría en recuperar pero que no tenía enfermedad mental ni de otro tipo.

Así que les faltó tiempo para volver a la carga con lo de no ser gravosa, y busqué trabajo, de nuevo una larga colección de fracasos se sumaron a los anteriores, lo cual no favorecía en nada mi recuperación.

Por suerte, me habían asignado la habitación de servicio, allí, al fondo de un largo pasillo, y me faltaba tiempo para llegar y tumbarme en la cama, la cual era para mí como un imán del que me costaba despegarme.

Todavía yo me desorientaba por la calle, me confundía mucho, y me costaba la expresión verbal, debido a la lentitud de mi mente. Era normal que no pudiera mantenerme en los trabajos que encontraba.

Pero aun así, empezaron a caerme los encargos correspondientes: encargada de grupo, etc...

A pesar de ello, me iba recuperando. Aunque no era capaz de centrarme en el trabajo y mis confusiones eran continuas, gradualmente notaba mi cabeza más despejada, y crecía mi capacidad de discernimiento.

No tardé en plantearme cosas que no veía claras y a darme cuenta de que con frecuencia mi conciencia no estaba de acuerdo con lo que hacía. Que no veía acertadas algunas de las cosas que tenía que decir al impartir los medios de formación, y por supuesto, lo mismo me pasaba con los consejos que tenía que dar en las llamadas charlas fraternas.

Vi con claridad que vivía dentro de una gran incoherencia, y que eso me dividía en dos. Y que, como consecuencia, por unidad de vida, salud espiritual y mental, ya no iba a entrar más en el juego de la dirección espiritual. Que no contaran más conmigo ni para impartir ni recibir ningún medio de formación. No era un capricho: era seguir el dictamen de mi conciencia. "Vosotras veréis si puedo continuar en la obra o no".

Naturalmente, se alarmaron muchísimo y me llevaron a hablar con algunos don menganos y doñas menganas, a los que les expliqué el asunto con la misma claridad con lo que yo lo veía.

Lo primero que se les ocurrió (no salían del formato) fue mandarme a un curso de retiro, a ver si recapacitaba, con la dispensa de acudir a los actos que quisiera. Y me recomendaron la lectura de tres libros.

Aquellos libros me ayudaron a ratificarme en mi convicción, y así lo dije. Su lectura fue un punto clave para ver con claridad que no debía seguir en la obra.

Y todavía recibí un segundo empujón, que fue definitivo. Tuve que acompañar a una persona a la clínica universitaria de Pamplona, y allí, en el oratorio, observé como un joven conducía a un sacerdote mayor que iba en su sillita de ruedas. Y me vino a la mente: "cuando eras joven ibas a donde querías, pero cuando seas mayor, te llevarán a donde no quieres", y fue entonces cuando acabé de comprender que no podía dilatar más la decisión, y debería pedir la dispensa ya. Y así lo hice, para sorpresa de todos.

No me negué, ¿por qué iba a hacerlo? a hacer una nueva ronda de salitas y confesionarios de alto standing, y una vez más, comprobé la simpleza de argumentos, y la incapacidad total para ponerse en pellejo ajeno.

No entendían que yo no me marchaba de la obra por enfado, ni por haber recibido muchos palos injustificados e injustos, (tema, por otro lado, del que yo no me había quejado) yo me marchaba porque dentro de la obra no se podía vivir honestamente. Pero no se enteraban, los muy cerriles. ¿Podéis creer que casi el único consejo consistió en

que le pidiera al fundador ayuda? Pocas veces he comprobado mayor falta de entendimiento. Lanzaban los dardos en dirección contraria; no tenían remedio.

Y así, de forma muy fácil, con una mano delante y otra detrás (error que subsané más tarde), me acosté aquella noche con enorme felicidad, sin tres Aves Marías en cruz (que bastante cruz había tenido), sin preces, sin serviamos, y sin besar el suelo. Tan sólo besé a mis ancianos padres. Y dormí sin poner el despertador, y a pierna suelta. Y al día siguiente fui en camión a la cocina, y no me hice la cama. Mis músculos se relajaron, y volví a pisar un terreno seguro, un ambiente plácido.

Os cuento que, aunque yo entonces no esperaba nada de la vida, y sólo por el hecho de vivir sin coacciones en la conciencia, estaba relajada y feliz, la vida me dio más.

Primero me dio el poder abrirme a la amistad. Descubrí que era una persona abierta y sociable, y contar con la verdadera amistad superó en mucho mis expectativas. Con la libertad de expresión se me abrió un amplio panorama que me dio alas. Contar con personas a las que podía llamar amigas, que se ponían en mi lugar y me apoyaban, me abrió un nuevo panorama ante la mi vida.

La obra me dio algo de dinero, no por gusto, sino por coacción. Me alquilé un apartamento con mucha luz y terracitas desde las que se divisaba la puesta de sol en la sierra de Madrid.

Y sin buscarlo, me topé con la persona con la que hoy estoy felizmente casada, y que me ha animado a escribir aquí esta historia de mi vida, por lo que pueda ayudar a los demás.

De vez en cuando me encuentro con personas de la obra. Aunque ellas suelen verse desconcertadas y no saben qué hacer, a mi me gusta abordarlas, saludarlas con cariño, preguntarles si necesitan algo, y decirles que el rejalgar no existe.

Gracias a todos, amigos que habéis compartido mi historia. Me gustaría ser amiga de cada uno, y estaría encantada en charlar con el que quiera. Un abrazo con todo mi cariño,

Fueraborda

P.D. Tenía pendiente acordarme la calificación de la directora de san Miguel cuando me acompañó al psiquiatra. "Gafe" era la palabra que repetía continuamente, a modo de tic.

Otra P.D. Al dejar la obra, me quise hacer un chequeo médico, y el resultado fue estrés post traumático. Sin alarmas. Se cura solo.

Fueraborda